

El sujetador, prenda imprescindible del ropero femenino, cumple su primer siglo como una «gran obra de ingeniería», desbordante de salud y pegado a la moda

Cien años de intimidad

LUIS GÓMEZ

Mary Phelps Jacob, mujer de la alta sociedad estadounidense, frunció el ceño mientras se observaba frente al espejo con el ceñido vestido que luciría esa noche.

No terminaba de sentirse a gusto por la razón de siempre, el maldito corsé que tanto le oprimía el busto. Además, al tratarse de un modelo muy escotado,

dejaría también a la vista de todos los invitados el contorno de su corpiño. Así que tiró por la calle de en medio. Y se acordó del ingenio diseñado, pero no patentado, seis años atrás por un corsetero francés. En 1907, Pierre Poiret creó una de las mayores obras de ingeniería que se conocen. En su taller parisino compuso un armazón manipulando alambres finos, que utilizó como aros, y telas sedosas. Y así alumbró el primer sujetador. De sus manos nacía una de las prendas más populares –e imprescindibles– de cualquier armario femenino.

Mary Phelps fue más astuta que él. Aquella noche brilló en su círculo más íntimo descubriéndose como hasta nunca lo había hecho antes una mujer. El secreto estaba en el interior. Un rudimentario sujetador sin espalda creado con dos enormes pañuelos blancos entrelazados por una cinta estrecha y sujetos por un cordón realizaba su busto. Tras salir airoso de aquella fiesta, comenzó a labrarse una gran fortuna con su *brassier*.

Peso, volumen y gravedad

El diseñador barcelonés Andrés Sardá, uno de los creadores de ropa interior más prestigiosos de Europa, compara la fabricación del sostén con «una obra de ingeniería». En su diseño influyen tres variables: el peso, el volumen y el efecto de la fuerza de la gravedad de las mamas. El primer requisito, considera Sardá, es que esté bien equilibrada tanto la distancia entre los pechos como la altura del peto, que es la parte que une el busto y de donde salen los tirantes que deben garantizar «una adecuada sujeción» de la espalda para evitar cargar el peso sobre los hombros. «Es la búsqueda de la armonía», subraya. ¿Con qué fin? No tanto estético como saludable.

Cuando el excéntrico magnate Howard Hughes encargó a un ingeniero de su compañía aeronáutica que diseñara para la actriz Jane Russell un sujetador de 55 piezas inspirado en el famoso puente Golden Gate de San Francisco, la artista de pechos prominentes irradió una felicidad incontenible: «La mayoría de las mujeres –se explayó– soñamos con unos pechos como misiles y emergentes». Pero llevar un sujetador inadecuado, bien por la talla o por la copa, no es una cuestión baladí. Migrañas, cefaleas, irritaciones cutáneas y, sobre todo, dolores de espalda son con frecuencia causados por un uso incorrecto de esta prenda.

Sin embargo, pese a que los corsés apenas dejaban respirar a las mujeres de la primera mitad del siglo XX, el sujetador tardó tiempo en hacerse un hueco en sus armarios. Como las bragas, su uso se

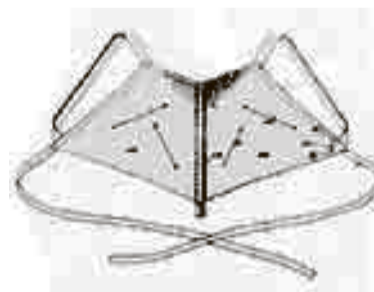
El modelo original llevaba dos pañuelos blancos entrelazados por una cinta

Como las bragas, su uso se generalizó al término de la Segunda Guerra Mundial

UNA JOYA. El modelo que exhibe la modelo norteamericana Tyra Banks lleva 2.000 diamantes.



EVOLUCIÓN



Variante del sostén

Ayudada por su doncella francesa, Mary Phelps diseñó, en 1913, un sucinto sujetador sin espalda, valiéndose de dos pañuelos blancos, una cinta y un cordón. Durante las siguientes décadas, los sostenes no dejaron de ser simples ampliaciones de los corsés de una sola pieza, pero ya confeccionados con tela elástica.

